

Yo soy el Ojo del "Aguileño"

Por Gervacio

Durante mis primeros días estuve inmerso dentro del vientre de su madre, allí todo era oscuridad, pero cuando el becerrito nació, tuve la oportunidad de ver el verde del pastizal y el beige de la ubre, que le alimentaría. Bueno, esto no es totalmente cierto, pues las reses no pueden ver los colores.

Al correr los días, *Aguileño*, fue centro de atención y juego de los niños, yo tuve la oportunidad de ser su cámara viajera desde cuando él era becerro; fui filmando una a una las travesuras de los pequeñines. *Aguileño* creció mucho más rápido que sus compañeros de juego y poco a poco fue madurando y pareciéndole aburridos cada uno de los momentos compartidos con ellos.

Yo le ayudé a buscar nuevas entretenimientos, creo que las más acordes con la edad de la res. Por medio de mí y de mi hermano, él pudo deleitarse con las primeras "nenas", aquellas que conformarían su club de fans. Mientras, nosotros también nos dábamos un bañito de ojo.

Pero con los machos de las reses, además de comer y reproducir la especie, vivos, no sirven para nada más, *Aguileño*, así como su padre y su abuelo, realizó un viaje en camión por la sabana hasta llegar a un exclusivo club de varones. Cualquiera con menos sesos que el mismo *Aguileño* y creyente de la otra vida, habría podido deducir que en aquel sitio le entregarían el boleto de ida y sin regreso al más allá.

Después de que el alma se desprende del cuerpo, las manos, las patas, el hígado, el corazón, los pulmones, la cola y todo lo demás también es desprendido; lógico, además los ojos. A pesar de todo, nosotros po-

Yo soy el Ojo del "Aguileño", él, digno representante de la raza lechera Holstein.

díamos seguir mirando así nuestro amo *Aguileño*. Ya no pudo volver a ver aquella vaquita manchada que nunca pudo ser suya.

Los cuerpos masacrados de las reses hicieron el viaje hacia la eternidad dentro de una camioneta que los repartió por toda la ciudad, y los ojos de la gran mayoría de ellos terminaron en el bote de la basura. En cambio, nosotros tuvimos la suerte de viajar en el auto del dueño de una carnicería, como parte de un

encargo especial.

Allí dentro de la nevera de exhibición, vimos por dos días una serie de marchantas que compraban los destajados músculos y vísceras de varias reses, hasta aquel momento en el que llegó una preciosa chica de ojos oscuros y de mirada profunda. De nuevo sentí amor, aquellos ojos me recordaba la mirada de mi amada *Margarita*.

Luego supimos que la chica se llamaba Jenny, y que su intención no era comernos ni practicar ningún rito satánico, no, su misión era mucho más noble: ella trataría de explicar-

les a sus compañeras de colegio cómo es que nosotros los ojos, vemos. El día que llegamos a las instituciones, por primera y única vez, fuimos el centro de atención del curso.

La disección se realizaría a la última hora de clase, por lo que para Jenny significó un karma pues varias de sus compañeras le decían que *ceba*, y muchas de ellas no quisieron compartir su travesura. Ella misma había retado al maestro para que la clase fuese práctica y él le abrió el espacio para la exposición.



En los últimos veinte minutos de la jornada, Jenny tuvo la oportunidad de presentarse a la

clase; parecía como si yo fuese un monstruo, las expresiones faciales y el alarido de muchas de las niñas fueron tan impactantes para mí, que alcancé a sentir pánico. Si, yo las miré atentamente buscando una admiradora en el auditorio, mientras la expositora intentaba compararme con un dibujo de ojo humano, pero definitivamente ellas veían en mí a un monstruo.

Un nuevo berrido se escuchó alrededor del salón cuando Jenny comenzó a seccionar uno a uno los músculos de mi cuerpo, es decir, del globo ocular.

Los nombres de esclerótica, coroides, retina, iris, cristalino, pupila, fue-

ron apagados por el continuo lamento de la mayoría de las alumnas. Mientras, el maestro me miraba con un ojo especial que se encontraba por fuera de su cuerpo, no me explico, era algo así como una gran caja negra con un potente cristalino; en tanto, las niñas en vez de asustarse, le pedían que siguiera tomando más fotos.

Jenny intentaba con un primitivo cortapapel realizar una incisión longitudinal para alcanzar la cámara vítrea. A cada intento, se escuchaba al unísono un nuevo grito. Recuerdo las caras de varias niñas, especialmente la de *Moni*, ella estaba bastante pálida, su rostro reflejaba una mezcla de gestos que iban desde el dolor hasta la repulsión.

Pero no se preocupen, en ese momento a mí ya no me dolía nada; es más, estaba satisfecho porque todas las miradas se centraban en mí, y recuerden que la envidia es mejor despertarla que sentirla. Yo ya no podía sentir dolor, tres días atrás mi nervio óptico había sido cercenado. Pero sentí mucha rabia por las manifestaciones despectivas de las niñas, yo me había sacrificado en pro de la ciencia y ellas sólo atinaban a decir que yo era un ojo de vaca. Ahí sí sentí que me salía de mi órbita, porque yo era uno de los ojos de *Aguileño*, el más varón de la manada. Él no se ponía con *maricaditas* sino que iba directo a la presa. Mi rabia era tan grande que reventé ante la punción del bisturí y de mi ojo se desprendió una lágrima de humor vítreo. Poco a poco se fueron distorsionando las imágenes ante la presión que los dedos de Jenny ejercían para ordeñar-me hasta la última gota del precioso líquido. Yo ya sabía que esa sería mi muerte, pero quería contarle antes de morir, porque yo lo había visto todo con mi propio ojo.